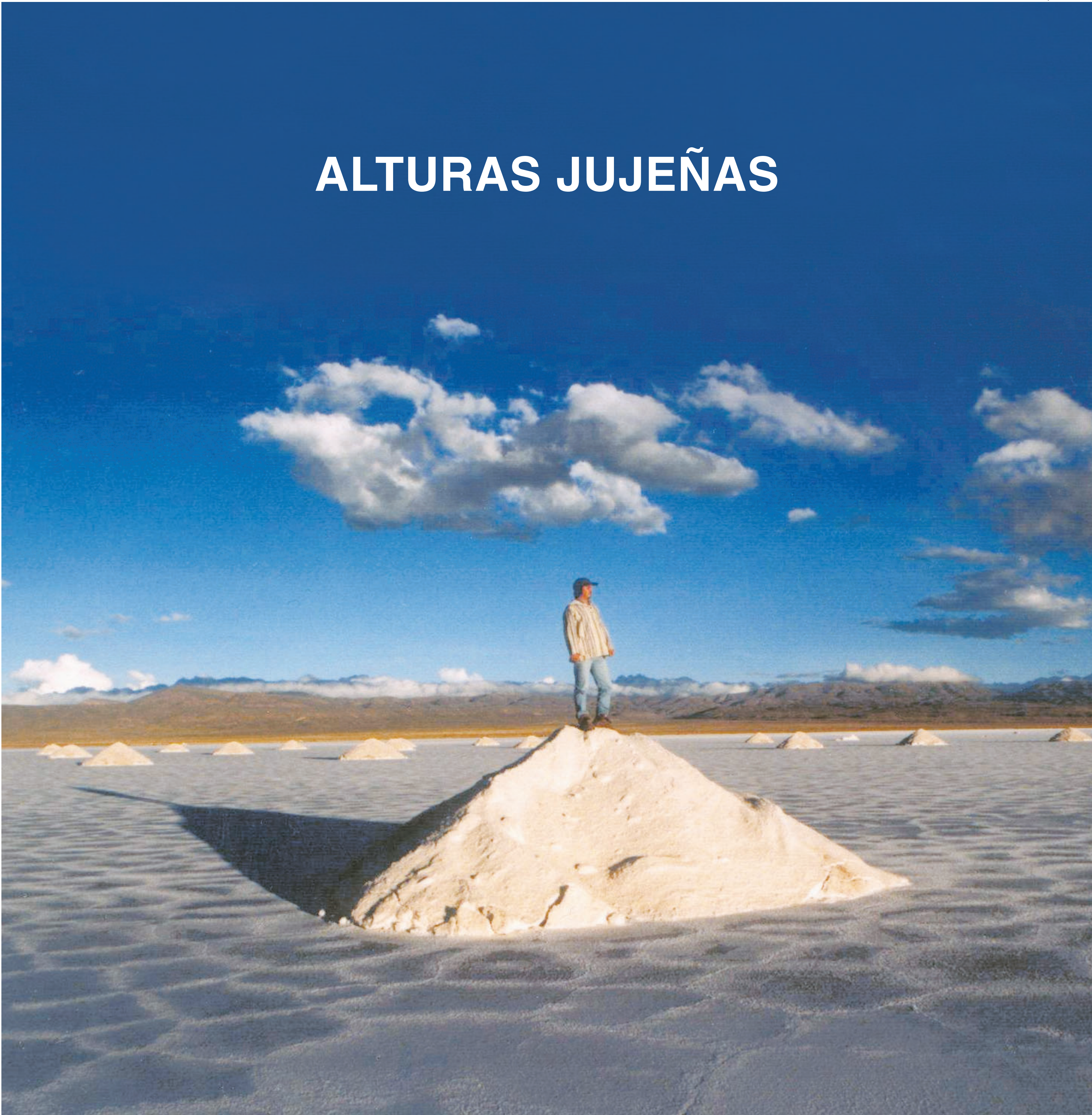
SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12
DOMINGO 4 DE DICIEMBRE DE 2005

Turismo 12

Joaquín Carrillo

ALTURAS JUJEÑAS



Salinas Grandes, Purmamarca, Humahuaca, Casabindo y Tilcara en un itinerario por la Quebrada y la Puna.

POR J. V.

Según promete todo el mundo en Pinamar, para este verano los alojamientos y los servicios turísticos en general mantendrán los mismos precios del año pasado. Habrá excepciones, por supuesto, pero a simple vista pareciera que ese acuerdo tácito se va a cumplir. Mientras tanto, Pinamar crece hacia su zona norte y hacia Ostende –y no hacia arriba por fortuna–, donde se levantan nuevos hoteles y casas particulares que en su mayoría se destinan al alquiler.

Las tarifas de alojamiento para enero son el punto de referencia de toda la temporada, teniendo en cuenta que en febrero los valores bajan entre un 20 y un 40 por ciento y en diciembre y marzo todavía un poco más. En enero, alquilar un departamento de un ambiente por todo el mes cuesta $ 1500 y un dos ambientes $ 2200. En las vecinas localidades de Ostende y Valeria del Mar, las mismas alternativas cuesta $ 1300 y $ 1500 respectivamente. Las habitaciones dobles de hotel, por su parte, cuestan en Pinamar desde $ 90 a $ 120 por día (categoría una estrella); entre $ 110 y $ 160 por día (categoría dos estrellas); entre $ 150 y 250 (tres estrellas), y entre $ 275 y $ 495 (cuatro estrellas). Un apart-hotel (con cocina, vajilla y heladera) cuesta entre $ 900 y $ 1600 por día para dos personas y entre $ 1100 y $ 2750 para cuatro personas.



Playas todo incluido: paradores, carpas, reposeras, olas, sol y diversión.

COSTA ATLANTICA *Temporada 2006 en Pinamar*

Playas y pinares

La ciudad de Pinamar se agranda hacia el norte con nuevos hoteles y casas para alquilar. Según prometen las autoridades y los hoteleros, los veraneantes del próximo verano no encontrarán aumentos de precios en los hoteles respecto de la temporada anterior. El festival de cine de diciembre y un informe con las tarifas de alojamiento.

EL EXTREMO NORTE No es en vano que Pinamar tenga 25 kilómetros de playa y alrededor de cincuenta balnearios y paradores. Las playas más tradicionales son las de la zona céntrica de la ciudad, muy concurridas por grupos familiares. Pero la tendencia más llamativa que se ha consolidado en los últimos años es el auge de los paradores del extremo norte de la ciudad, a los que sólo se puede acceder con una camioneta 4x4, lo cual ha permitido descomprimir un poco las playas del centro. Además de tener un poco más de tranquilidad –a veces relativa porque la música suena como en una discoteca–, lo que más les gusta a los turistas es llegar a la playa con sus vehículos y estacionarlos junto al mar. Las ventajas son varias: pueden tener a mano una heladerita con bebidas, también guardar sus cosas con llave y salir a trotar sobre la arena hasta perderse en una playa desierta, y por último está la posibilidad de escuchar la música elegida por uno mismo a todo volumen.

Las playas del norte se caracterizan también por ofrecer deportes de aventura bastante exóticos que se enseñan en diversas academias playeras. Pero no por alejadas estas playas carecen de infraestructura. El primer parador yendo hacia el norte es La Frontera, el único al cual se puede llegar con un auto común. Tiene una ambientación al estilo de las playas brasileñas y allí recalan grupos familiares y también jóvenes que buscan apartarse un poco de la ruidosa movida tradicional de las playas del centro. Es un lugar bastante tranquilo y en el parador se ofrecen clases gratuitas de surf.

Doscientos metros más al norte de La Frontera está el parador patrocinado por una marca de autos, muy poblado de camionetas 4x4 y cuatriciclos y con música electrónica a todo volumen. Aquí vienen también los jóvenes que desean aprender windsurf, kite-surf, kitebuggy (un karting de tres ruedas que avanza al impulso del viento con la ayuda de una especie de barrilete), aladeltismo y también volar en avión ultraliviano (despegan desde la arena).

El siguiente de los paradores avanzando hacia el norte es El Más Allá, inaugurado hace dos años con un perfil más selecto, mucha tranquilidad, buena gastronomía y hasta una guardería para los chicos. El último de todos los paradores se llama El Límite. Es el más alejado de todo, el más tranquilo y el más rústico. Más allá del Límite no hay nada, sólo una amplia autopista de arena blanca que se pierde en el horizonte.

DICIEMBRE A TODO CINE
El evento cultural que inaugura la temporada es la segunda edición del festival de cine Pantalla Pinamar, que se desarrollará entre el 10 y el 17 de diciembre. Con el apoyo del Instituto Nacional de Cine y Artes Visuales (Incaa), se proyectarán films nacionales y extranjeros. Entre las competidoras de origen argentino estarán *Ay, Juancito*, de Héctor Olivera; *El aura*, de Fabián Bielinsky; *Iluminados por el fuego*, de Tristán Bauer, *Monobloc*, de Luis Ortega, *Los muertos*, de Lisandro Alonso, entre otras. Además se podrán ver películas francesas, alemanas y españolas que aún no tienen distribución en el país. El festival incluye un ciclo llamado Panorama Italiano, que organiza la Asociación de Industrias Cinematográficas de Italia, y también una selección llamada Lo mejor del Festival de Málaga. El año pasado la película ganadora fue *El perro*, de Carlos Sorín ✱

EL VIEJO HOTEL OSTENDE

En 1913 un grupo de origen belga construyó un hotel de lujo en un balneario pegado a Pinamar. Eran los años de la Belle Epoque y el entonces Hotel Ostende atrajo a la aristocracia porteña, precozmente harta de la popularidad de Mar del Plata. Pero avanzados los años '20, el hotel fue decayendo bajo las dunas. Incluso una capilla vecina fue sepultada bajo la arena como las pirámides y se espera que, Dios mediante, algún día vuelva a aparecer.

En la década de los 70 el hotel fue rescatado de un letargo de medio siglo, y a la manera en que se van rehabilitando las alas de un viejo castillo, se fue poniendo a punto sector por sector hasta volverlo habitable. Sin la ostentación de otros tiempos, pero resguardando la vieja estética, el hotel ha sido modernizado con sutileza y dispone de una sala de cine y salones para jugar al pool y al ajedrez (aquí se realiza todos los años un torneo internacional). Entre las actividades que se ofrecen al huésped se cuentan talleres de teatro para chicos y talleres literarios para todas la edades, clases de tango y una sala con Internet. Más información: 4327-1093 *info@hotelostende.com.ar* Sitio web: *www.hotelostende.com.ar*


Un verano familiar entre el mar y los bosques de Pinamar.



Entre estas coloridas montañas de la Quebrada de Humahuaca está el pueblo de Tilcara.

JUJUY *De Purmamarca a la Puna*

Colores de la soledad

Desde San Salvador de Jujuy, un itinerario por la Quebrada de Humahuaca y la Puna. De Purmamarca a las Salinas Grandes; de Humahuaca a Casabindo, un viaje por los territorios del antiguo Kollasuyo, cuya impronta cultural sigue vigente en toda la provincia. También una visita al Pucará de Tilcara, la gran fortaleza incaica del Noroeste argentino.

POR JULIAN VARSAVSKY

Un viaje por Jujuy implica atravesar casi el único lugar del país donde perdura con fuerza mayoritaria la raíz indígena de la Argentina, que aflora en los rostros y el color de la piel de casi toda la población. Pero esa impronta se refleja también en la vestimenta, la comida, la música, la religión y en algunos casos hasta en el idioma, ya que todavía hay gente que se expresa en quechua. Jujuy es claramente la herencia indirecta del Kollasuyo –el antiguo imperio Inca–, cuya presencia no es una mera declamación sino una expresión viva y resignificada a través de los siglos. Si bien esa cultura ancestral fue mutando por el simple paso del tiempo y también obligada a cambiar por la fuerza, no fue anulada ni desapareció en los estándares de la cultura global. Para que no queden dudas, en Jujuy se venera por igual al Dios de los cristianos y a la Pachamama.

DESDE SAN SALVADOR El viaje por Jujuy parte desde San Salvador, una ciudad que generalmente sirve de base para realizar las excursiones. Pero aunque muchos se alojan en la capital provincial, en verdad eso no es lo más recomendable para explorar a fondo la riqueza cultural y la variedad de paisajes que tiene Jujuy. En primer lugar hay que tener en cuenta que la provincia no es muy grande, así que se la puede recorrer sin urgencias, disfrutando de cada lugar y de su gente, más o menos en una semana.

El primer punto donde conviene detenerse al salir de San Salvador es el poblado de Purmamarca, ubicado a 65 kilómetros de la capital. Se llega por la Ruta 9 (de asfalto en toda la Quebrada de Humahuaca) y quien no tenga auto dispone de colectivos de línea varias veces por día. Antes de llegar a Purmamarca hay un desvío en la Ruta 52, y a los pocos kilómetros –tras una hilera de álamos–, aparece de repente el famoso arcoiris de piedra del Cerro de Siete Colores, que despliega unas extrañas franjas de minerales en forma de zigzag. La gama de colores del cerro supera por lejos a la de un arcoiris. El más llamativo es el violeta intenso que se va degradando hacia abajo a través del turquesa, el verde, el azul, el celeste y el blanco. Hacia el otro extremo de la escala –siempre de manera desordenada–, las líneas se tornan rojizas como la arcilla, rosadas, naranjas, amarillentas y grisáceas, con imperceptibles tonos intermedios de transición.

En Purmamarca estamos ante uno de los paisajes jujeños por excelencia –y acaso únicos en el mundo–, que deslumbran no sólo por su belleza sino también por la originalidad de sus colores. En semejante contexto yace el poblado, al pie del escarpado Cerro de Siete Colores, fundado en 1594. Como anclado en el tiempo, es quizás el que mejor ha preservado su arquitectura colonial. Sus callecitas de tierra suben a la montaña, y las casas de adobe parecen brotar de la tierra. Unas veinte manzanas se arremolinan alrededor de una plaza con un cabildo y una iglesia cuya fecha de construcción está cincelada en el dintel de madera de la entrada: 1648.

Muchos turistas suelen llegar a Purmamarca en grandes autobuses por la mañana –hora ideal para fotografiar el cerro– y parten raudos en menos de una hora. Cuando se van, el pueblo queda casi desierto y recupera su natural ambiente sereno. Y ése es el verdadero pueblo que vale la pena visitar, quedándose una o dos noches en una de las posadas del lugar, algunas bastante lujosas, pero con una arquitectura acorde al contexto.



Desde Purmamarca, una excursión al extraño y desolado paisaje de las Salinas Grandes.

En los momentos de aglomeración, los purmamarqueños son esquivos. En general, los turistas les toman fotos mientras los atosigan con preguntas, sin esperar la meditada respuesta que viene detrás. Pero en los pueblos de la Quebrada de Humahuaca la gente no grita; el silencio los acostumbra a hablar despacio, casi en susurros (salvo en Carnaval). Y la barrera de la timidez se levanta, justamente, cuando uno se acerca con timidez, evitando hacer demasiadas preguntas. Por eso hay que quedarse en Purmamarca. Al entrar en confianza, quien antes se expresaba con monosílabos es capaz de ofrecer un extenso monólogo relatando su vida con sumo detalle. La única condición que imponen los lugareños para explayarse es el respeto a sus

POR JULIAN VARSAVSKY

Un viaje por Jujuy implica atravesar casi el único lugar del país donde perdura con fuerza mayoritaria la raíz indígena de la Argentina, que aflora en los rostros y el color de la piel de casi toda la población. Pero esa impronta se refleja también en la vestimenta, la comida, la música, la religión y en algunos casos hasta en el idioma, ya que todavía hay gente que se expresa en quechua. Jujuy es claramente la herencia indirecta del Kollasuyo –el antiguo imperio Inca–, cuya presencia no es una mera declamación sino una expresión viva y resignificada a través de los siglos. Si bien esa cultura ancestral fue mutando por el simple paso del tiempo y también obligada a cambiar por la fuerza, no fue anulada ni desapareció en los estándares de la cultura global. Para que no queden dudas, en Jujuy se venera por igual al Dios de los cristianos y a la Pachamama.

DESDE SAN SALVADOR El viaje por Jujuy parte desde San Salvador, una ciudad que generalmente sirve de base para realizar las excursiones. Pero aunque muchos se alojan en la capital provincial, en verdad eso no es lo más recomendable para explorar a fondo la riqueza cultural y la variedad de paisajes que tiene Jujuy. En primer lugar hay que tener en cuenta que la provincia no es muy grande, así que se la puede recorrer sin urgencias, disfrutando de cada lugar y de su gente, más o menos en una semana.

El primer punto donde conviene detenerse al salir de San Salvador es el poblado de Purmamarca, ubicado a 65 kilómetros de la capital. Se llega por la Ruta 9 (de asfalto en toda la Quebrada de Humahuaca) y quien no tenga auto dispone de colectivos de línea varias veces por día. Antes de llegar a Purmamarca hay un desvío en la Ruta 52, y a los pocos kilómetros –tras una hilera de álamos–, aparece de repente el famoso arcoiris de piedra del Cerro de Siete Colores, que despliega unas extrañas franjas de minerales en forma de zigzag. La gama de colores del cerro supera por lejos a la de un arcoiris. El más llamativo es el violeta intenso que se va degradando hacia abajo a través del turquesa, el verde, el azul, el celeste y el blanco. Hacia el otro extremo de la escala –siempre de manera desordenada–, las líneas se tornan rojizas como la arcilla, rosadas, naranjas, amarillentas y grisáceas, con imperceptibles tonos intermedios de transición.



Entre estas coloridas montañas de la Quebrada de Humahuaca está el pueblo de Tilcara.

JUJUY *De Purmamarca a la Puna*

Colores de la soledad

Desde San Salvador de Jujuy, un itinerario por la Quebrada de Humahuaca y la Puna. De Purmamarca a las Salinas Grandes; de Humahuaca a Casabindo, un viaje por los territorios del antiguo Kollasuyo, cuya impronta cultural sigue vigente en toda la provincia. También una visita al Pucará de Tilcara, la gran fortaleza incaica del Noroeste argentino.

En Purmamarca estamos ante uno de los paisajes jujeños por excelencia –y acaso únicos en el mundo–, que deslumbran no sólo por su belleza sino también por la originalidad de sus colores. En semejante contexto yace el poblado, al pie del escarpado Cerro de Siete Colores, fundado en 1594. Como anclado en el tiempo, es quizás el que mejor ha preservado su arquitectura colonial. Sus callecitas de tierra suben a la montaña, y las casas de adobe parecen brotar de la tierra. Unas veinte manzanas se arremolinan alrededor de una plaza con un cabildo y una iglesia cuya fecha de construcción está cincelada en el dintel de madera de la entrada: 1648.

Muchos turistas suelen llegar a Purmamarca en grandes autobuses por la mañana –hora ideal para fotografiar el cerro– y parten raudos en menos de una hora. Cuando se van, el pueblo queda casi desierto y recupera su natural ambiente sereno. Y ése es el verdadero pueblo que vale la pena visitar, quedándose una o dos noches en una de las posadas del lugar, algunas bastante lujosas, pero con una arquitectura acorde al contexto.



Desde Purmamarca, una excursión al extraño y desolado paisaje de las Salinas Grandes.

En los momentos de aglomeración, los purmamarqueños son esquivos. En general, los turistas les toman fotos mientras los atosigan con preguntas, sin esperar la meditada respuesta que viene detrás. Pero en los pueblos de la Quebrada de Humahuaca la gente no grita; el silencio los acostumbra a hablar despacio, casi en susurros (salvo en Carnaval). Y la barrera de la timidez se levanta, justamente, cuando uno se acerca con timidez, evitando hacer demasiadas preguntas. Por eso hay que quedarse en Purmamarca. Al entrar en confianza, quien antes se expresaba con monosílabos es capaz de ofrecer un extenso monólogo relatando su vida con sumo detalle. La única condición que imponen los lugareños para explayarse es el respeto a sus sagrados silencios, esos espacios en apariencia vacíos, que resultan insoportables para el hombre de la ciudad.

Alrededor de la plaza acapara la atención de los visitantes el mercado artesanal, tan colorido como el cerro que se levanta al fondo del paisaje. A diferencia de lo que ocurre en la vecina Tilcara, en la feria del pueblo –que es relativamente cerrado a los de afuera– no hay hippies sino exclusivamente pobladores del lugar, de auténtica raigambre indígena. Por un lado se ofrece una variada gama de cerámicas (vasijas, tazas, platos, cazuelas y toda clase de adornos, siempre decorados con motivos indígenas). También hay fuentes de madera de cardón y toda clase de tejidos, el otro producto típico y ancestral de la zona. La oferta incluye aguayos (mantas), ponchos, gorros, sombreros y bufandas, tanto de lana de oveja como de llama. Y por último están los instrumentos musicales de viento típicos de la Quebrada –de muy alta calidad y no de adorno– como las samponias, las anatas, las quenas y los sikus.

SALINAS GRANDES Purmamarca es el punto ideal para emprender unas de las excursiones más hermosas de la provincia que llevan a un paisaje lunar llamado Salinas Grandes, ubicado a 3600 metros sobre el nivel del mar, en las profundidades de la Puna, donde pareciera que se termina el mundo. Los últimos restos de vegetación arbustiva también desaparecen y de pronto, tras la Cuesta de Lipán, la Puna sur se despliega sobre una planicie desértica y totalmente blanca que se pierde en el infinito.

En las Salinas Grandes no hay un solo arbusto, ni una rama seca, ni vestigio aparente de toda vida. Solamente se vislumbra un suelo liso con resquebrajamientos en forma de pentágono que se reproducen con la exactitud matemática de una telaraña. La única excepción son unos misteriosos conos de sal –en realidad, acumulados por los trabajadores de la salina–, y unos rectángulos cavados en el suelo para extraer bloques de sal. Difícilmente otro paisaje pueda transmitir mejor la idea de la nada absoluta; la dolorosa belleza del reino de la soledad.



El viaje a Jujuy va más allá del paisaje. Es un encuentro con la milenaria cultura indígena del Norte argentino.

TILCARA La segunda estación de este recorrido por la Quebrada –donde vale la pena quedarse una o dos noches más– es el pueblo de Tilcara, treinta kilómetros al Norte de Purmamarca. Allí, un alto número de casas es de adobe y por las calles empedradas no circulan los autos, pero corretean los chicos y las gallinas. Algunas llamas pastan en el patio de un hotel y en ciertas casas se pueden ver grandes vasijas indígenas encontradas en el lugar. Es por eso que el mote de ser la “capital arqueológica del NOA” no es para nada una exageración. Y porque a un kilómetro del pueblo, en las alturas de un cerro, se erigen los restos del Pucará de Tilcara, un asentamiento fortificado de antigüedad casi milenaria descubierto en 1908.

Caminar por los recintos cuadrangulares de este laberinto de muros y casas de piedra que es el Pucará de Tilcara inspira un silencio reverencial. Este poblado fortificado medía 17 mil hectáreas y vivían en él unas 2 mil personas. Algunas casas están reconstruidas y sus entradas son tan bajas que para ingresar hay que agachar el cuerpo. En su interior hay esculturas de indígenas omaguacas de tamaño natural, inmersos en sus quehaceres domésticos. Uno podría pasarse horas recorriendo los recovecos del Pucará, o caminando con el pasto hasta las rodillas entre los cardones, sobre grandes piedras milenarias desperdigadas al azar que alguna vez sirvieron para sostener los muros de una infranqueable fortaleza incaica.

HUMAHUACA La tercera parada de este periplo quebradeño es Humahuaca, el pueblo más grande de toda la zona, cuyas callecitas empedradas se van iluminando al atardecer con los faroles coloniales de hierro forjado clavados en las paredes de adobe. Humahuaca es la sede principal del famoso Carnaval de la Quebrada, y quien no venga para esa fecha igual puede tener un acercamiento a la riqueza de ese fenómeno sincrético visitando el Museo Folklórico Regional, donde se exhiben instrumentos y disfraces.

El lugar por excelencia para conocer la riqueza musical y gastronómica de Jujuy es la peña-restaurante de

>>>

sagrados silencios, esos espacios en apariencia vacíos, que resultan insoportables para el hombre de la ciudad.

Alrededor de la plaza acapara la atención de los visitantes el mercado artesanal, tan colorido como el cerro que se levanta al fondo del paisaje. A diferencia de lo que ocurre en la vecina Tilcara, en la feria del pueblo –que es relativamente cerrado a los de afuera– no hay hippies sino exclusivamente pobladores del lugar, de auténtica raigambre indígena. Por un lado se ofrece una variada gama de cerámicas (vasijas, tazas, platos, cazuelas y toda clase de adornos, siempre decorados con motivos indígenas). También hay fuentes de madera de cardón y toda clase de tejidos, el otro producto típico y ancestral de la zona. La oferta incluye aguayos (mantas), ponchos, gorros, sombreros y bufandas, tanto de lana de oveja como de llama. Y por último están los instrumentos musicales de viento típicos de la Quebrada –de muy alta calidad y no de adorno– como las samponias, las anatas, las quenas y los sikus.


El viaje a Jujuy va más allá del paisaje. Es un encuentro con la milenaria cultura indígena del Norte argentino.

SALINAS GRANDES Purmamarca es el punto ideal para emprender unas de las excursiones más hermosas de la provincia que llevan a un paisaje lunar llamado Salinas Grandes, ubicado a 3600 metros sobre el nivel del mar, en las profundidades de la Puna, donde pareciera que se termina el mundo. Los últimos restos de vegetación arbustiva también desaparecen y de pronto, tras la Cuesta de Lipán, la Puna sur se despliega sobre una planicie desértica y totalmente blanca que se pierde en el infinito.

En las Salinas Grandes no hay un solo arbusto, ni una rama seca, ni vestigio aparente de toda vida. Solamente se vislumbra un suelo liso con resquebrajamientos en forma de pentágono que se reproducen con la exactitud matemática de una telaraña. La única excepción son unos misteriosos conos de sal –en realidad, acumulados por los trabajadores de la salina–, y unos rectángulos cavados en el suelo para extraer bloques de sal. Difícilmente otro paisaje pueda transmitir mejor la idea de la nada absoluta; la dolorosa belleza del reino de la soledad.

TILCARA La segunda estación de este recorrido por la Quebrada –donde vale la pena quedarse una o dos noches más– es el pueblo de Tilcara, treinta kilómetros al Norte de Purmamarca. Allí, un alto número de casas es de adobe y por las calles empedradas no circulan los autos, pero corretean los chicos y las gallinas. Algunas llamas pastan en el patio de un hotel y en ciertas casas se pueden ver grandes vasijas indígenas encontradas en el lugar. Es por eso que el mote de ser la "capital arqueológica del NOA" no es para nada una exageración. Y porque a un kilómetro del pueblo, en las alturas de un cerro, se erigen los restos del Pucará de Tilcara, un asentamiento fortificado de antigüedad casi milenaria descubierto en 1908.

Caminar por los recintos cuadrangulares de este laberinto de muros y casas de piedra que es el Pucará de Tilcara inspira un silencio reverencial. Este poblado fortificado medía 17 mil hectáreas y vivían en él unas 2 mil personas. Algunas casas están reconstruidas y sus entradas son tan bajas que para ingresar hay que agachar el cuerpo. En su interior hay esculturas de indígenas omaguacas de tamaño natural, inmersos en sus quehaceres domésticos. Uno podría pasarse horas recorriendo los recovecos del Pucará, o caminando con el pasto hasta las rodillas entre los cardones, sobre grandes piedras milenarias desperdigadas al azar que alguna vez sirvieron para sostener los muros de una infranqueable fortaleza incaica.

HUMAHUACA La tercera parada de este periplo quebradeño es Humahuaca, el pueblo más grande de toda la zona, cuyas callecitas empedradas se van iluminando al atardecer con los faroles coloniales de hierro forjado clavados en las paredes de adobe. Humahuaca es la sede principal del famoso Carnaval de la Quebrada, y quien no venga para esa fecha igual puede tener un acercamiento a la riqueza de ese fenómeno sincrético visitando el Museo Folklórico Regional, donde se exhiben instrumentos y disfraces.

El lugar por excelencia para conocer la riqueza musical y gastronómica de Jujuy es la peña-restaurante de

>>>



En Casabindo, el silencio de la Puna se rompe en agosto, cuando se realiza una insólita corrida de toros.

<<<

Fortunato Ramos, donde transcurren los almuerzos más animados de Humahuaca. Este músico y escritor –autor del relato que inspiró la película *La deuda interna*, de Miguel Angel Pereyra– ofrece un espectáculo artístico con su grupo musical, paseando su talento vocal e instrumental por géneros como el carnavalito y la zamba, para terminar con un notable solo de erque (corneta de caña de tres metros de largo con un cuerno de vaca en la punta). Además recita sus poesías y ofrece un monólogo sobre la cultura popular jujeña, mientras el público saborea una entrada de tamales de charqui (carne secada al sol) y una cazuela de cabrito con papas y salsa de morrones. Para los postres hay dulce de cayote con queso de cabra, coronando un banquete criollo de primer nivel.

CASABINDO Desde Humahuaca se puede incursionar también en la Puna y regresar en el día. El lugar más interesante es Casabindo, uno de esos pueblitos extraviados en el silencio de la Puna. En el camino se atraviesa una árida altiplanicie a 3400 metros de altura, donde reinan el polvo, el viento y la soledad. Inesperadamente se cruzan tropillas de llamas blancas y marrones que levantan la cabeza con asombro, otorgándole una inusitada vida al paisaje. Y en la lejanía aparece la imagen borrosa de las torres blancas de la iglesia de Casabindo, conocida como "La Catedral de la Puna", que a simple vista luce desproporcionada para los doscientos habitantes de este pueblo sin sombra por la falta de árboles.

Las casas de adobe están un poco desperdigadas, y por sus calles de tierra y arena, normalmente, casi nunca transitan autos. Salvo el 15 de agosto de cada año, cuando se lleva a cabo en Casabindo la única corrida de toros del país, que tiene la singularidad de que no se le hace ningún daño al toro (sólo hay que quitarle con la mano una corona de monedas que tiene en los cuernos), y la única sangre que corre –con bastante asiduidad– es la de los hombres corneados por las bestias. A las seis de la tarde, cuando el frío y el viento señalan de que la fiesta ha terminado, la caravana de autos se retira levantando una polvareda que se pierde en la lejanía del Altiplano. Y al llegar la noche los ínfimos arroyitos junto a la ruta se congelan y Casabindo, en medio de la nada, vuelve a sumirse en el silencio y la absoluta oscuridad ✺

Alice

Un inmenso desierto ocupa el corazón de Australia, con centro en la mítica Ayers Rock. Alice Springs, la principal ciudad de la región, es la puerta de entrada a este territorio que alberga tesoros de fauna y flora y preserva culturas aborígenes.

TEXTO Y FOTOS DE GRACIELA CUTULI

Una inmensidad roja ocupa el centro de la isla-continente de Australia, cuya increíble diversidad va desde los bosques tropicales del nordeste, junto a las costas de la Barrera de Coral, hasta las verdes montañas de Tasmania y el "lejano oeste", con sus cowboys estilo "aussie" que –como sus pares norteamericanos– cantan canciones country y se sienten los pioneros de ese mundo que vivió también la fiebre del oro. El desierto es parte de lo que los australianos llaman el "outback" que cubre en verdad casi todo su mapa, salvo las costas del sur y el este, donde se concentró la mayor parte de la población. El outback es un mundo aparte, como logró retratarlo la comedia australiana *Priscilla, la reina del desierto*, donde el paisaje polvoriento y solitario, siempre bajo el rayo del sol y apenas quebrado por algunos arbustos, tenía el valor de un personaje más. También fue el hábitat tradicional de los aborígenes, hoy relegados a lo más bajo de la escala social, una de las deudas que la rica Australia tiene para con sus pobladores originales, como tantos otros territorios colonizados en el mundo. El oro del interior australiano, y sus minas de piedras preciosas y semipreciosas –como el ópalo, la piedra nacional– hicieron también a la riqueza del país e impulsaron los primeros asentamientos en las zonas más remotas. Hoy día todo el territorio puede recorrerse en auto, tomando la precaución de averiguar dónde cargar combustible, en ómnibus (muchas veces con excursiones que tienen todo organizado para acampar en el "bush"), en tren –gracias al legendario Ghan, que atraviesa el desierto de sur a norte– o en camello, ya que todavía viven en estado salvaje los descendientes de los primeros ejemplares llevados desde el norte de Africa.

"THE ALICE" Alice Springs, la ciudad situada en el centro geográfico de Australia, existe gracias a la instalación, en 1871, de una línea de telégrafos (hoy la estación original, en las afueras del centro, fue convertida en museo). Y si le debe la existencia al telégrafo, el nombre se lo debe a Alice Todd, la mujer del administrador del telégrafo en la ciudad de Adelaida, en el sur de Australia. En verdad Alice Springs está situada en el medio de la nada, y en eso está su encanto: desierto por los cuatro costados, y a pocos kilómetros monumentos naturales de piedra como Ayers Rock (Uluru para los aborígenes) y The Olgas, llamativas afloraciones rocosas de esta región, que reúne todo el sur del llamado "Territorio del Norte", ya que se extiende desde el centro del país hasta las norteñas costas de Darwin (la región de *Cocodrilo Dundee*, para hacer referencia a otra conocida película australiana que puso los paisajes del Territorio del Norte en las pantallas grandes de medio mundo).

Alice Springs (simplemente "The Alice", para los locales) es una ciudad pequeña, permanentemente soleada, consagrada al turismo y donde es habitual ver grupos de aborígenes relativamente occidentalizados. Sobre todo, es un importante centro de artesanías y arte aborigen "certificado", ya que las imitaciones son comunes por todas partes. La forma de arte más característica es una suerte de puntillismo, dibujos de elementos del paisaje y de la mitología local realizados gracias a la unión de pequeños puntos, con colores armoniosos donde predominan los tonos de la tierra. También son clásicos los bumeranes volvedores (no todos lo son, sino que depende del diseño tanto como de la habilidad del lanzador) y los instrumentos musicales como el "didgeridoo", cuyo sonido grave y profundo, con ecos que parecen venir de lo más profundo de los tiempos, suele escucharse de parte de intérpretes callejeros en las calles de Alice Springs y otras ciudades de Australia. Aquí también florecen los restaurantes de comidas típicas, que ofrecen a los turistas la posibilidad de probar carne de canguro y otros ingredientes propios de la rica y exótica fauna y flora de la isla-continente.

EL PARQUE DEL DESIERTO
Desde Alice Springs sale todo tipo de excursiones hacia el desierto cen-

En el centro de la isla-continente

y el desierto

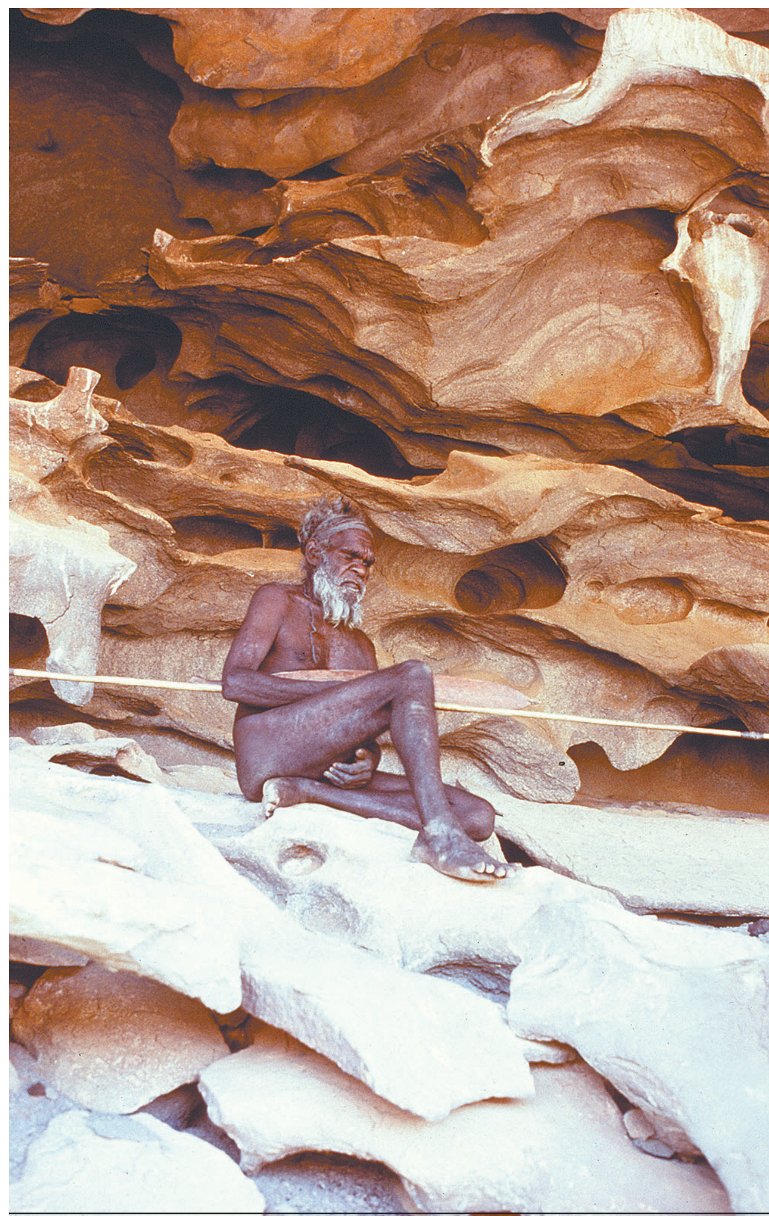

Una lechuza se asoma, curiosa, en el Desert Park. La flora y fauna de la región en 1300 ha.

tral australiano. La industria turística tiene unnivel de desarrollo altísimo, y tanto se encuentran opciones de aventura como salidas cinco estrellas con todo organizado: lo que no varía es la hermosura, soledad e inmensidad del paisaje, tal vez uno de los más exóticos y hermosos del mundo. Sin embargo, a las puertas de la propia ciudad hay un parque temático, consagrado al desierto, que vale la pena visitar con detenimiento: es el "Desert Park", donde se organizaron en diversos sectores los distintos hábitats de la región, con su variedad de flora y fauna. Recorriendo a pie el parque –de una extensión tal que la visita puede llevar un día completo para aprovecharla a fondo– se podrá ver toda clase de aves, flores y reptiles, que en libertad plena sería muy difícil observar. Sus 1300 hectáreas son adyacentes al MacDonnell Nacional Park, un sitio de gran importancia cultural para los habitantes nativos. Para quienes estén más interesados en el tema, es posible hacer visitas guiadas con aborígenes, tal vez los más sensibles a la hora de transmitir los atractivos y significaciones de este parque del desierto.

El "Desert Park" está organizado en tres hábitats ("Sand Country", "Woodland" y "Desert Rivers"), que concentran más de 400 especies de plantas y 120 de animales. Cuidadosamente, en el parque se atrae a la fauna salvaje para ofrecerles refugio y alimento, de modo que los visitantes pueden gozar de un espectáculo único: halcones y águilas que sobrevuelan un anfiteatro, llamados por los silbatos de los guardianes, para alimentarse frente a un público silencioso y asombrado, canguros y wallabies que se pasean en total libertad, y hasta trasnochadas lechuzas que se asoman curiosamente, en pleno día, como para posar expresamente frente a una legión de fotógrafos aficionados. Además, en el recinto cerrado llamado "Nocturnal Life", siempre a oscuras y débilmente iluminado, se puede acceder a fragmentos de la vida de los animales nocturnos (aves, reptiles, mamíferos e invertebrados, incluyendo algunos marsupiales).


Paisaje rocoso en torno de Alice Springs, la ciudad situada en el centro geográfico de Australia.

ULURU Desde Alice Springs se llega también al más emblemático de los sitios australianos, uno de sus pasaportes en la iconografía internacional junto a la silueta de la Opera de Sydney: se trata de Ayers Rock, o Uluru, el nombre indígena, que se está adoptando cada vez más como señal de respeto hacia la cultura nativa. De pronto, sobre la planicie roja del desierto se levanta un macizo de intenso color rojo, cuyas tonalidades van virando hacia el violeta en el anochecer, y al negro después de la lluvia. En verano, el calor es sencillamente aplastante, y puede alcanzar temperaturas superiores a los 45 grados, de modo que conviene evitar las actividades intensas entre las 10 y las 16, o bien hay que elegir épocas del año menos extremas para visitarlo. Uluru está comprendido dentro del parque nacional Uluru-Kata Tjuta (la segunda parte del nombre es la denominación aborigen de "The Olgas", las otras formaciones rocosas sobresalientes de la región), que cuenta con un importante centro de interpretación, y hoteles situados prácticamente a las puertas del parque. El monolito tiene 3,6 kilómetros de largo y 2,4 de ancho, con una altura de 348 metros. Sorprendentemente, es una sola pieza de arenisca que se extiende a lo largo de varios kilómetros bajo la superficie del desierto. Para conocerlo se pueden seguir los caminos señalizados que lo rodean, de diversas extensiones, o intentar escalarlo (una empresa muy exigente por las alturas temperaturas, pese a que la altura no parece un desafío tan grande). Sin embargo, los aborígenes están logrando que cada vez menos gente intente ascender cada año, respetando lo que para ellos es un lugar sagrado.


La región rocosa del desierto también fue el territorio tradicional de los aborígenes.

A sólo 42 kilómetros, otro lugar sorprendente puede cerrar este avistaje del desierto: las formaciones de The Olgas, una serie de rocas redondeadas situadas al oeste de Uluru, en una zona totalmente inhóspita pero de enorme belleza. El conjunto incluye todo un complejo de valles y gargantas que pueden recorrerse a pie, para conocer desde el interior este otrositio sagrado, pero aún más reservado que Uluru, ya que sus tradiciones están reservadas sólo a los hombres iniciados de la tribu ✹

